



# EL PARAÍSO PERDIDO

## LA CASA Y LA FAMILIA

*Yo era un niño taciturno, ensimismado, tímido, abstraído y feo...*  
[De *Memorias infantiles*]

**P**APÁ escribió sus *Memorias infantiles* a los 55 años, y a mucha honra, me las dedicó: “A Chispa, el paraíso perdido de mi propia infancia”. ¿Cuál paraíso: el tuyo, el mío, el de tu infancia, el de la mía...? Nunca me lo aclaró.

Página anterior:

“Durante muchos años fui un niño inmortal...” (*Memorias infantiles*).

Nació el 6 de marzo de 1910, un día en que pasó el cometa Halley por la Tierra para anunciar su nacimiento, decía él, así como dos mil años antes había pasado anunciando el de Cristo. A mí no me salen las cuentas. Con papá nunca se podía saber si lo que decía era cierto o eran “acordivas”, como llamaban en su casa a esa mezcla de recuerdos, sueños o imaginaciones suyas.

Nació en Bogotá, en la calle 13 del barrio de La Candelaria, en la casa de su abuela Ana Rosa Tejada, casada desde los doce años con don Aristides Calderón, llegados de Boyacá en tiempos del gobierno centralista de Rafael Núñez, don Aristides en cuanto liberal independiente, nombrado secretario de gobierno. Su padre, Aristides el mayor, en su tiempo, prefirió quedarse en Tipacoque de regidor a ser presidente del Estado Soberano de Boyacá.

La casa de la abuela tenía tres patios, un huerto con árboles frutales, yerbas medicinales y un jardín con una araucaria de donde papá se cayó y se escalabró por tratar de ver el primer avión que voló sobre Bogotá. Tenía dos despensas, el cuarto de la ropa blanca donde mamá Toya que era de Tipacoque, les contaba cuentos a los niños y el cuarto de vidrios de colores donde los grandes hablaban de la guerra: de la de los Mil Días o de la primera guerra mundial. En el cuarto de la abuela había un oratorio a donde los curas candelarios iban a decir misa para después tomar chocolate. Un tío médico tenía su consultorio en un ala apartada de la casa y operaba sobre la mesa de la plancha. A la pesebrera llegaban a caballo de Tipacoque los tíos José Miguel y Antonio María Calderón —el uno alto y flaco, el otro bajo y gordo— cargados con pieles de zorros y venados que habían cazado en la montaña; o en mula los correístas, que se gastaban un par de alpargates y dos semanas en llevar el correo de Cúcuta a Bogotá, porque don Aristides tenía la renta del correo. Yo alcancé a conocer a Antonio Ávila, el último de ellos. Vivía en una finca arribita del Chicamocha, La Selva, que hoy en día está abandonada; olía a tierra caliente, había matas de plátano, árboles inmensos cargados de mamoncillos, y las naranjas más dulces de la región. Había carpinteros, plomeros y jardineros, todos con nombre propio; cocineras y muchachas del comedor, costureras, tías y niñeras: mamá Toya, mama Tayo, Tita y Cacó. Un señor iba los viernes a darle cuerda a todos los relojes de la casa; otro día llegaban “las señoras vergonzantes” por su limosna.

La casa ocupaba una manzana entera de La Candelaria, que entonces era el corazón de Bogotá y de ese mundo que giraba alrededor de una abuela que fumaba tabaco, tomaba agua de coca y mandaba por igual a nietos y generales de la república, que eran sus hijos y yernos. A Tipacoque, cuenta papá en sus *Memorias infantiles*, “viajaba ella con mesa de comedor, catre dorado, vajilla, servicio de baño, provisiones de boca, rodeada de un ejército de criados y mulas que cargaban



“Mi abuela... [ ] recién casada jugaba a las muñecas y se subía a los tejados...” (*Memorias infantiles*).



“El círculo encantado de las personas mayores...” (*Memorias infantiles*).



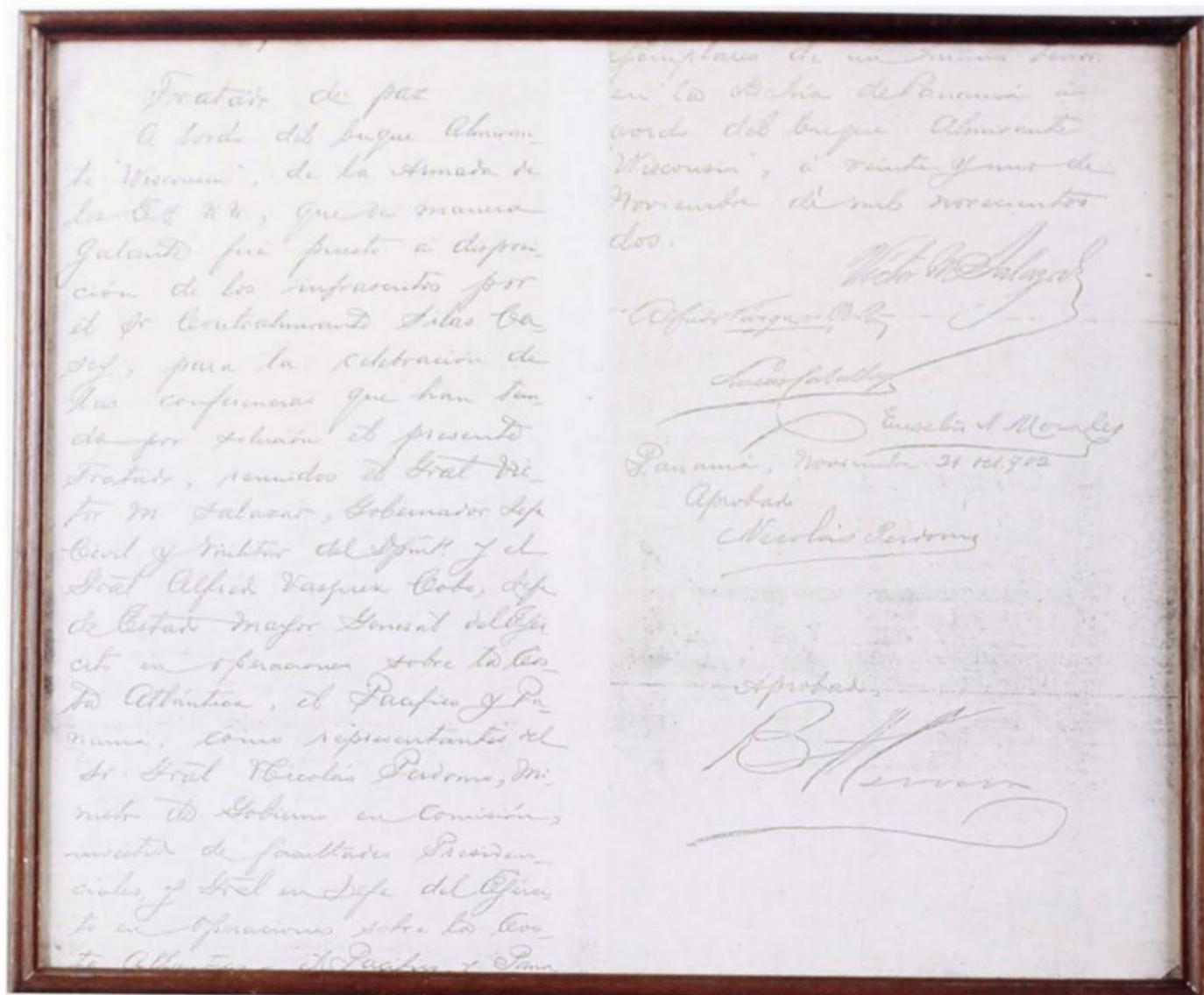
“... a papá y a sus amigos y maestros del Olimpo Radical no se les podía faltar al respeto...”  
(*Memorias infantiles*).

los almofrejes. Papá y los tíos Calderones la escoltaban a caballo y la gente menor viajaba en las monturas de los peones...”. El viaje duraba como un mes; paraban en casas en Tunja, en Duitama, en Bonza donde nació la señora María del Carmen, la mamá de papá (no en un viaje). A la mitad del camino la abuela se aburría y se tenían que devolver. Estos son los Calderones.

Por parte de padre, los Caballero vienen de Santander. Don Lucas, el papá de papá, nació en San José de Suaita. Fue general de la guerra de los Mil Días y uno de los jefes liberales que firmó el tratado de paz a bordo del Wisconsin en 1902. Escribía para el periódico Vanguardia Liberal de Santander y sus Memorias de la guerra de los Mil días fueron publicadas hace poco.

*Desde cuando era niño me acostumbré a mirar, en el escritorio de mi casa, una vieja fotografía ya un poco amarillenta y carcomida por los bordes. La fotografía representa cuatro caballeros de levita, sentados ante una mesa en actitud meditativa. Uno de ellos, el que ocupa el centro de la mesa, inclina la cabeza sobre un papel sobre el que estampa la firma. Las dos figuras de la izquierda corresponden a dos conservadores: los generales Vásquez Cobo y Víctor Manuel Salazar; y el que firma y su acompañante, que están a la derecha, son dos generales liberales: Benjamín Herrera y Lucas Caballero. Todos cuatro, a pesar de que se habían acicalado especialmente para esas circunstancias, dejan ver demasiado bien la amargura, el cansancio, el horror de la guerra... Delante de la patria —que, por vivir en ella, solemos perderla de vista con tan excesiva frecuencia— se explica la escena del retrato: los cuatro generales que envainan las espadas y ya no quieren pelear.*

[De Swann, “La firma del Wisconsin”, en *El Tiempo*,  
22 de noviembre de 1938]



Tratado de paz de la guerra de los Mil Días.



“Yo la quería con locura, la seguía a todas partes como un perro, me gustaba besarla en los ojos para aspirar el resplandor verdoso de sus pupilas...” (Memorias infantiles).



“En aquel tiempo la ciudad terminaba, por el norte... en los chircales fangosos de la falda del cerro...” (*Caminos subterráneos*).



“... en la lejanía un rincón de la Sabana recibía un torrente de luz...” (*Caminos subterráneos, Ensayo de interpretación del paisaje*).



“El colegio era la disciplina, el horario, la lección, la tarea, la obediencia, el silencio, el cansancio, el hastío...” (*Memorias infantiles*).

Su mamá, María del Carmen Calderón, murió cuando papá apenas tenía catorce años, dejándolo huérfano de por vida: “la más linda de todas las mujeres, demasiado tierna y maternal —más que una mujer, una mamá... [bajo cuya] epidermis suave y tibia se incubaba el escorpión de un cáncer, lo mismo que debajo de un manojo de hierba verde y fresca se encontraba un nido de lombrices o de gusanos...”.

Seis meses después murió su abuela, esa abuela injusta y todopoderosa como la Divina Providencia, como también lo habría de ser ese “niño feo, taciturno, ensimismado, tímido y abstraído” que lo miraba todo como a través de un prisma por un cristal de la lámpara de la sala, y que pensaba: “Yo no quiero ser grande...”.

## **EL COLEGIO**

*El colegio era la disciplina, el horario, la lección, la tarea, la obediencia,  
el silencio, el cansancio, el hastío...*  
[De *Memorias infantiles*]

Estudió en el Gimnasio Moderno, colegio fundado por don Agustín Nieto Caballero, tío segundo suyo, que empezó en Villa Adelaida (así se llamaba la señora de don Agustín), hoy la carrera séptima con calle 71, y que luego se pasó a la calle 76 entre carreras once y novena, donde está hoy con sus paredes rosadas y cubierta de buganviles.

Don Agustín trajo profesores suizos y españoles que pusieron en práctica la escuela activa, una corriente de pedagogía revolucionaria para entonces, a la que le agregó la disciplina de confianza, las excursiones con el prof Bein y la medalla “al bello carácter”. Muchos decidieron que se trataba de un colegio ateo, entre otros don Marco Fidel Suárez, un viejito que los niños no entendían por qué se subía en la plaza de Bolívar al tranvía que los llevaba a ellos al colegio, y se bajaba en la iglesia de San Diego. Era el presidente de la república, que estaba haciendo una



Agustín Nieto Caballero (izquierda), Lucas Caballero Barrera (centro), Luis Eduardo Nieto Caballero, "Lenc" (derecha).



"... un jardín muy grande plantado de árboles sombríos... rincones húmedos y misteriosos donde pululaban los gusanos, las lombrices y las babosas..." (*Memorias infantiles*).

rogativa para que los Estados Unidos le pagaran los veinticinco millones de pesos a cambio de Panamá.

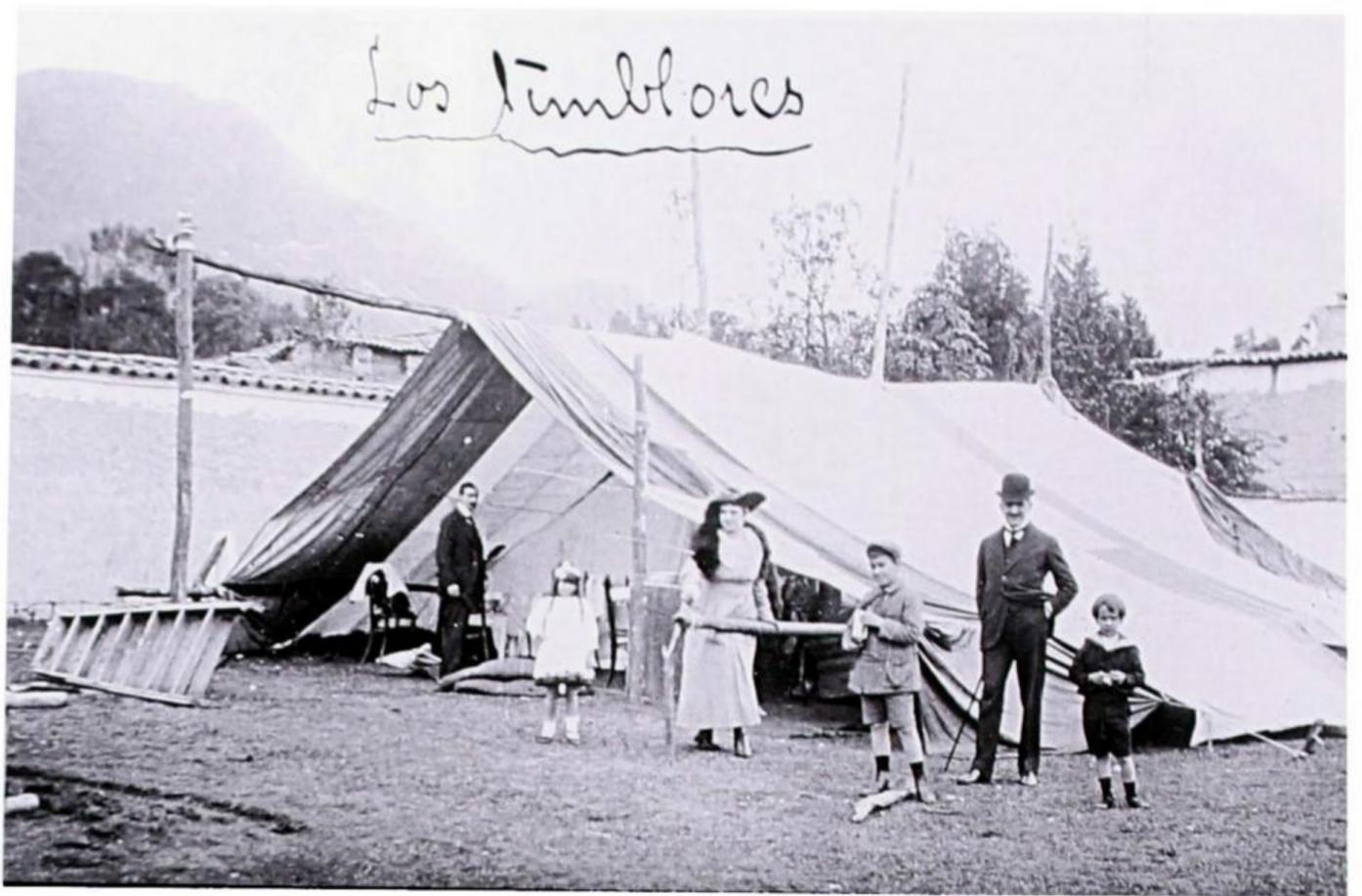
¡Cómo iba a ser ateo un colegio donde todos los viernes había misa y el capellán era el santo de monseñor Brigard!, a quien los ex-alumnos del Gimnasio siguieron llamando "el doctorcito" hasta el final de sus días por más obispo que fuera. Cuando papá y todos los de su clase empezaron a hacerse la paja, se fueron a confesar: —Doctorcito, me acuso de "tocar flauta"...

—Qué maravilla, mijito, entonces ¡tienes una vocación musical!

Pero cuando los once de la clase (porque eran once los de sexto en el curso de papá) se confesaron de "tocar flauta", extrañado, el doctor De Brigard fue a hablar con don Agustín y con el profesor Yerly, y ellos le tuvieron que explicar lo que estaba pasando. Entonces el siguiente viernes, a la hora de la comunión, el doctorcito se volteó y dijo:

—Los que quieran comulgar, pueden pasar a este lado. Los de la filarmónica no pueden subir al altar.

Papá odiaba el fútbol, porque era obligatorio; lo odió para siempre desde el día en que su primo Zoilo Cuellar le pegó un balonazo en el estómago que lo dejó privado en la mitad de un potrero. Y se vendó un dedo para quedar eximido de las clases de boxeo con el profesor Tanco, que a los setenta años seguía saltándose la barra en los bares a pie junto.



El 31 de agosto  
de un año que no diré  
por un fuerte terremoto  
será hundido Santafé.  
(Profecía popular).

## ¿QUÉ VAS A SER CUANDO GRANDE?

*Cuando tenía unos ocho años, comencé a escribir a escondidas...*  
[De Memorias infantiles]

Empezó por escribir unos versos cursis que hablaban de “el risueño llanto que vieren las maticas” y un discurso sentimentaloido para una sesión solemne del colegio en que se refiere a “un noble y encantador viejecito... como el san Nicolás de que nos hablaron nuestras madres...” Luego escribió unos versos para “una niña de negro, dulce niña enlutada, romántica, aristocrática, melancólica, esdrújula...” que sí se atrevió a confesar. A los quince años se saltó la tapia de su casa para caer en la de don Antonio Gómez Restrepo y mostrarle una novela que había escrito:

*El tema era macabro y absurdo, entreverado de interminables descripciones, con mar al fondo precisamente porque yo no conocía el mar... En dos palabras le expliqué que me había vuelto novelista, y sin darle tiempo a que se pusiera en guardia le leí sin respirar, entre los dientes, todo un cuaderno que tenía escrito a mano y en lápiz. No me atrevía a levantar los ojos para mirarlo, pero de vez en cuando lo oía toser y suspirar.*

[De Memorias infantiles]

El señor Gómez Restrepo tenía una biblioteca inmensa, era crítico, poeta, traductor, autor de una *Historia de la literatura colombiana*, pero sobre todo tuvo una influencia importante en el pensamiento de varias generaciones.

Su papá también tuvo que ver con su vocación literaria. Un día que lo mordió un mico le dijo:

—Si te cortaran la mano —pues si la infección no cedía tendrían que cortármela— recuerda que Cervantes no tenía sino una sola, pero ésa le bastó para escribir el Quijote. Lo cual significaba para mí, en forma transparente e irrefutable, que si me cortaban la mano estaría destinado a convertirme en una reencarnación de Cervantes. Y el hecho es que, con mucho trabajo, comencé a escribir con la mano izquierda un cuento sin pies ni cabeza que por cansancio y aburrimiento no llegué a terminar.

[De Memorias infantiles]

Dudaba de su futuro literario porque su letra era igual a la del secretario de su abuela que escribía en letra americana, la cual él había leído que pertenece a naturalezas “linfáticas, apáticas, domésticas y sedentarias”. Entonces empezó a escribir con letra inglesa, que caracteriza a los hombres enérgicos, emprendedores, dominadores y fuertes.

## **SU MAESTRO**

Pero su verdadero maestro fue don Tomás Rueda Vargas que le decía: “No escribas por escribir sino cuando tengas algo qué decir. No trates de escribir bonito...”. Le inculcó el amor por el Quijote y por Bolívar, y le legó su sencillez y su fino sentido del humor. “Yo soy una obra suya... Él me ayudó a salir de esa cárcel de hierro, en la que padecía mi espíritu deseoso de salir y de encontrar su camino en una profesión literaria” “...don Tomás era lo contrario de un hombre disciplinado y sistemático. Desmontaba las estatuas de sus cabalgaduras de bronce y las ponía a andar con nosotros, con un morral a las espaldas, por los caminos de Colombia... [...] y en la primera excursión en serio que hizo mi clase con don Tomás y su mayordomo don Manuel Patiasao a la cabeza, atravesando los páramos del oriente de Bogotá [...] [ ]

—Así, en mulitas y caballitos despeados por el cansancio, pues muchos habían perdido las herraduras en el páramo... cayó en el Pantano de Vargas la famosa caballería llanera...

[...] y aquella terrible cuesta no acababa nunca, y la ropa se nos pegaba al cuerpo, y el agua nos escurría por el rostro empañando la vista que entre la niebla no podía ser clara. Yo me senté, con dos amigos, en una piedra que sobresalía a la orilla del camino. Tenía la intención de no moverme de allí aunque me expulsaran del colegio. [...]

—Si el Libertador hubiera tenido un ejército de hombres tan valientes como ustedes... [ ]

[...] El niño que no había muerto en mí sentía unas terribles ganas de llorar y echarse a rodar monte abajo, volviéndole las espaldas al páramo y a la historia patria, pero el hombre que ya comenzaba a nacer sentía en pleno rostro el bofetón de aquellas palabras”.

[De Memorias infantiles]

## **EL AGUILUCHO**

Fundó El Aguilucho que en sus comienzos fue una revista de oposición al colegio —siempre aclaraba— pues terminó por convertirse en publicación oficial. El primer número salió el 17 de junio de 1927. Ese mismo año El Espectador publicó en el suplemento literario lo que él mismo llamó su “primer vagido literario”: una nota sobre don Marco Fidel Suárez, “El sueño de los sueños”, de un concurso al

# EL AGUILUCHO

SEMANARIO GIMNASIANO

ADMINISTRADOR  
Hernando Salazar



DIRECTOR  
Eduardo Caballero



GERENTE  
Rafael Salazar G.

VOL. 1 }

BOGOTÁ, JUNIO 17 DE 1927

{ N.º 1

## Editorial.

Aún tengo clavadas como agujas en la memoria las palabras que alguien muy entendido en lo que yo me muestro tan bisono, dijo una vez sobre todo aquel que «con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla», está sin saber qué hacerse ni qué decir, porque ignora sobre qué ha de tratar. Digo, pues, que decía esta persona que para escribir tan sólo es menester una cosa, y ésta es saber que ha de mover la pluma para que escriba. Y yo, pobre de mí, ajeno a este linaje de labores, ignorante y mal advertido, corto de ingenio y pobre de lenguaje, no sé qué hacerme ni qué decir para salirme del aprieto en que me he puesto; así que ruego a quien las presentes líneas leyere, que no eche menos lo que faltare, que será mucho, ni se dé a buscar tema profundo que no ha de encontrar porque esto no lo tiene, y no pierda su tiempo y vuelva aprisa la hoja.

Este AGUILUCHO, amigos, que hoy se atusa y compone las alas con el pico y se apresta al vuelo, tiene por origen y cuna el curioso deseo de procurarse un lugar donde dar desahogo a los sentimientos, sosiego al espíritu y honesta distracción a las plumas. Como todo lo nacido a destiempo y fuera de lugar es contrahecho y tiene más tachas y peros que gonela; pero lo que sea de nuestro alcance componerle o enmendarle así lo haremos, como padres que somos, que no ha de cegarnos a tal punto nuestro amor que no veamos qué se ha de remediar, para darle luego remedio.

En cuanto al nombre, sépase que tras de mucho bregar dimos con este de EL AGUILUCHO, al parecer sonoro y peregrino, el cual da muy bien cuenta de quienes somos, de nuestra edad y de nuestros intentos, porque nos pinta tan al vivo, que creo no harán falta otras razones que le justifiquen, ni cabe en mi intención el darlas. Por lo demás el hombre de EL AGUILUCHO tiene su historia y algunos ribetes de le-

Facsímil del primer ejemplar de El Aguilucho.

que don Tomás Rueda convocó en el Gimnasio a raíz de la muerte de don Marco. Papá lo admiraba mucho. Él le había regalado un *Quijote*, dedicado y todo, que le prestó a don Tomás y éste nunca se lo devolvió. Alfredo Vásquez Carrizosa, discípulo de papá, contaba que papá siempre iba leyendo el *Quijote* en el tranvía.

“No escribas por escribir. No trates de escribir bonito, sino cuando tengas algo que escribir. No dejes que se te vea la gramática. El señor Caro decía que para construir una obra son necesarios los andamios que son la gramática, pero una vez construida es necesario quitárselos”, le decía don Tomás.

A eso de los diecisiete años se fue un tiempo a Tipacoque. Bajando de la montaña se cayó de un caballo y se rompió el hueso de la cadera. Guardó cama dos años enyesado, lo que lo dejó cojo para toda la vida, gracias a lo cual tuvo tiempo de leerse todos los clásicos.

## LA UNIVERSIDAD

*Me repugnan el pus, las llagas, los humores del cuerpo, el olor de la fiebre,  
luego no podré estudiar medicina. Odio las matemáticas para las cuales  
no tengo la menor disposición intelectual, luego no estudiaré ingeniería...*

[De *Memorias infantiles*]

Se matriculó en la facultad de derecho. Duró dos años en el Externado de Colombia. Se retiró el día en que le preguntaron en no sé qué clase:

—Si un río, en una creciente, forma una isla entre dos propiedades, ¿de quién es la isla?

Después de pensar un rato dijo:

—¡A mí que me importa!

Y no volvió a la universidad.

Tímido, solitario, huérfano y cojo, se volvió escritor. Se cree que eso se hereda, o que se tiene un talento especial o se lleva en la sangre. La verdad es que se necesita la convicción de un fanático, la templanza del místico y la paciencia del campesino, que se sienta a esperar la lluvia para sembrar.